



CENCERRADA 32.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
PACIENCIA, 3.

Expedicion á Madrid.

Hecha cargo la Comision de los restos de Ambrosio de Morales, se puso en marcha el tren, sin que pudiéramos conseguir que Liberto se sentase ni estuviese quieto: antes bien, en pie y con el cuerpo fuera del furgon, se despedia de todo el mundo, primero con las manos, luego con el pañuelo y últimamen-

te con el mismo atado á la punta de un baston. Por fin, perdida de vista la poblacion, pudimos conseguir tranquilizar á Liberto, que jadeante y sudoroso, se sentó en el suelo junto á la caja. Pero aquella tranquilidad no fué muy duradera, y bien pronto, levantándose de nuevo y asomada la cabeza por la ventanilla, lo miraba todo y todo le llamaba la atencion.

—¿Hemos llegado ya? ¿Qué estacion es esta?—eran sus primeras preguntas cuantas veces paraba el tren; y en esta forma y sin poder conseguir que se sentase, continuamos nuestro viaje hasta Menjibar. En esta estacion y, cuando mas descuidado estaba mi paternidad, tomando un *piscolabis*, una esclamacion de Liberto, me hizo suspender tan grata ocupacion.

—Señor, Señor: favor al Gobierno permanente,—decia á gritos queriéndose arrear del coche.

—¿Te has vuelto loco, Liberto?

—No señor, nostramo. Favor al poder ejecutivo: que se nos escapa Ambrosio de Morales.

—Hombre, no seas estúpido...

—Mírelo su mercé allí, que lo traen preso aquellos Guardias civiles.

Esto hizo que nos asomásemos todos, y efectivamente vimos que la alarma de Liberto tenia algun fundamento. Cuatro mozos traían una gran caja de plomo, escoltada por Guardias Civiles.

—¿Quién vive?—Gritó belicósamente Liberto, recordando sus antiguos servicios en la Milicia Nacional.

—*El Gran Capitan, Gonzalo Fernandez de Córdoba.*—Contestó la comision que acompañaba al ilustre guerrero desde Granada. Liberto se quedó inmóvil como una estatua, y mudo como un Lorenzana. Se descubrió echando la capucha á la espalda, y acercándose con el mayor respeto á la caja que contenia los restos de tan eminente paisano suyo, la besó con emocion.

El tren se habia detenido ya da-

masiado: no habia un coche preparado para dar colocacion conveniente al recién llegado, y Liberto en un arranque de entusiasmo, dijo:

—Señores, tan ilustre cordobés no ha de quedar sin alojamiento: que pase adelante, que aquí encontrará otro paisano y casi contemporáneo suyo, con cuya compañía no se rebajará en lo mas mínimo: que, si graode fué Gonzalo con la espada, grande fué Ambrosio con la pluma.

Y así diciendo, ayudó á colocar la caja del Gran Capitan al lado de la del cronista de Felipe II: y si orgulloso salió de Córdoba con uno, calcútese cuanto mas lo estaria llevando en un mismo coche dos cordobeses tan distinguidos. Así es que puestos de nuevo en marcha, me dijo:

—Señor, ¿sabe su mercé lo que me recuerda esto? Aquello de los dos andaluces...

—No sé qué andaluces son esos; pero puedes referirnoslo, si no es alguna tontería.

—Ha de saber su mercé que este era un andalúz muy valenton. Hallándose un dia un poco ajumao, se plantó con la navaja en la mano en mitá de la calle de las Sierpes en Sevilla, y tirándose el chapeo hacia el cogote, comenzó á decir:

—Ya hay aquí un valiente: el que sea capaz que pase.—Al pronto tós se quearon paraos, porque... ya se vé... á ninguno le gusta que le arrimen una mojá: pero al fin, uno que tenia el alma bien puesta, se terció la pañosa y sacando la navaja se fué pá el otro guapeton,

diciéndole:—Ea: ya hay aquí uno que vá á pasar.—¿Es osté, mozo güeno?—Yo y yo mismo.—Pues mire osté, compare, póngase osté en esa esquina y yo en esta: asin: ahora que pase el que quiera.—Pus güeno: lo mesmo digo yo con mis dos paisanos: ahora que venga el que quiera: que mejores que estos no se han de encontrar otros dos.

La noche cerró *en oscuro*, y sin embargo la comision la pasó *en claro*. gracias al infernal movimiento del coche que se nos tenia reservado. Asi es que con satisfaccion vimos aparecer el sol y poco despues la descoronada villa.

Llegados á la estacion se nos presentó el Sr. D. Angel Fernandez de los Rios, con comisiones de Sres. Diputados á Córtes, Diputados provinciales y Ayuntamiento, y el Sr. General Izquierdo con un escuadron de húsares de Pavia y un batallon de Ingenieros. Bajadas las cajas fueron colocadas en un magnífico carruaje fúnebre, que se puso en marcha con todo el acompañamiento en direccion á Atocha

—Señor, ¿qué edificio es ese tan alto que hay á la izquierda?

—Ese es el observatorio.

—¿Ya! ¿Es desde ahí desde donde dicen que se observa todo lo que ha de suceder?

—Si, hombre; pero no pegues esos gritos y anda.

—Me parece á mí que esos deben ser embustes, señor. Y si no ¿por qué no observó Isabel que venia la revolucion y que iba á perder la corona?

Llegado que hubimos á la Iglesia, ya no fué posible que Liberto diese un paso mas. Soltó la cinta que hasta entonces habia llevado, se clavó en medio de la Iglesia con la boca abierta, mirando la infinidad de banderas que la adornan; y solo despues de media hora de contemplacion y casi á la fuerza pudimos sacarlo de allí.

—Señor, ¿es este el Palacio? me preguntaba á cada edificio importante que veia.—¿Cuántas picardías habrá hecho aqui Isabel de Borbon!

—No, hombre. Este es el Museo de Bellas artes: este el Palacio de los Duques de Medinaceli: este el Congreso: este el Ministerio de la Gobernacion: aquel el de Hacienda...

—Yo lo que tengo gana de ver, señor, es la Puerta del Sol.

—Pues esta es, hombre.

—A ver, nostramo, ¿cuál, cuál?

—Esta plaza en que estamos.

—¿Esta? pero ¿y la puerta?

—Hombre, no hay tal puerta.

—Pues entonces ¿á qué echar esos embustes? Me parece, señor, que Madrid es un almacén de embustes al por mayor. Aquí tó es mentira, señor.

—Mucho hay de eso, Liberto. Y por lo tanto abre mucho los ojos, hijo mio: porque en cuanto te descuides harán contigo negocio.

—¿Y qué es eso de hacer negocio, Señor?

—Que te engañarán: que te robarán: en Madrid se vive de los negocios.



Ya vá picando en historia
la cuestion de la Regencia.
Si cien veces la combinan,
cien veces se desarrega,
y cuando está mas en firme,
surge una desavenencia.
Ora gruñen los demócratas,
mas tarde la union reniega,
se pican los progresistas,
y todos armañ la gresca.
Los unos— *Me corresponden
cuando menos dos carteras.*
Los otros— *Menos de cinco
no presto mis influencias.*
Unos— *Yo valgo por diez.*
Los otros— *Y yo por treinta.*
Y salen todos bufando,
poco menos que á la greña:
y vuelta á pastelear,
y vuelta á las avenencias,
y vuelta á templár las gaitas,
y vuelta á tener reyerta.
Y mañana, tarde y noche,
anda esta marimorena,
sin que consiga ninguno
desatascar la carreta,
ni hacer que llegue el Mesías,
ni que tengamos regencia.

—El general Topeta dice que la
Constitucion dibuja horizontes risueños.
—¡Valgame Dios, Señor! ¿A qué se

meterá en semejantes dibujos el general
marino?

—Parece que Caballero de Rodas lle-
va intencion de establecer en Cuba una
scademia de solfeo.—Pues ya están
frescos los Cubanos.

—Es singular la lógica de los Dipu-
tados absolutistas. No aceptan la Cons-
titucion; se niegan á firmarla, y sin em-
bargo reclaman su cumplimiento cuan-
tas veces lo creen conveniente á sus
doctrinas, ó á sus miras particulares.



El Sr. Vinader, que pica de neo,
quiere que se vuelvan á establecer las
asociaciones de San Vicente de Paul.—
¿Si, eh? Pues ya baja, que se está pei-
nando.

El Duque de Génova dice que acep-
ta la corona de España, y Liberto dice
que el Duque de Génova está loco,
cuando tal cosa acepta.—Efectivamen-
te, menester es estar loco para espres-
sar tal deseo.

*El Pueblo pide que se suprima el
sueldo del Nuncio.—En cuanto se su-
prima el sueldo, se suprime el Nuncio
tambien.*

Ahora sale *La Reforma* con que los
unionistas no quieren á Montpensier,—

¿Quién piensa ya en semejantes anti-
guallas?

Teniendo en consideracion el Minis-
tro de la Guerra las economias que la
Nacion reclama y las circunstancias
exijen, ha tenido por conveniente crear
tres nuevos tenientes generales, un ma-
riscal de campo y seis brigadieres.—
Mañana sera otra cosa.

Otra vez quieren los carlistas echar-
se al campo.—Pero, señor ¿por qué no
se les dá gusto? ¿Hay mas que dejarlos
que se echen, aunque sea por el puente?

Ya se habla de barricadas en Paris.
—Agárrate, emperador: mira que los
niños te van a dar la gran jaqueca.

Los ejércitos francés y prusiano se
ejercitan en maniobras militares.—Al
fin vendrán a las manos... digo, a los
cartuchos.

Parece que un señor Puig, de Bar-
celona, le ha regalado al Sr. Figuerola
un vestido de desvergüenzas, que no
hay por donde agarrarlo.—Así, así:
abrigarse, que corre mal tiempo.



Tambien en Valladolid
habrá pacto federal:

Ayuntamiento de Madrid

Ya la cuestion de los pactos
vá siendo cosa formal.

En las cárceles de Francia
van enjaulando á millares
por cantar la Marsellesa
y andar por los Boulevares.

¿Por qué la risueña Cádiz
se aflige y hace pucheros?
—Porque está viendo embarcarse
al General Caballero.

Si la regencia se atasca
cuarenta veces al dia,
¿qué será cuando se trate
de poner la monarquia?

En Francia, segun se dice,
sigue la de Dios es Cristo,
y afligen á aquel sugeto
todas las plagas de Egipto.

Dicen que Doña Isabel
quiere entrar por la frontera.
Cuidadito con meterse
de pies en la ratonera.



La estatua de Mendizabal.

Entre las cosas dispuestas por el
Ayuntamiento de Madrid para solem-
nizar la promulgacion de la Constitu-
cion, era una descubrir la magnífica es-

tátua de Mendizabal, erigida en el centro de la Plaza del Progreso, que con este motivo estaba adornada con multitud de preciosos grupos de banderas y gallardetes, los escudos de armas de las Provincias, coronas, guirnaldas de flores y vistosos arcos y pabellones formados con innumerables faroles á la Veneciana.

A la amabilidad del Sr. D. Agustin Aguirre debió Liberto un balcon, desde el cual, con una comodidad verdaderamente fraituna, pudo ver y curiosear cuasto en la plaza ocurría.

A las once de la mañana, el Ayuntamiento, acompañado del Poder ejecutivo, de una Comision de las Córtes, muchas personas distinguidas, y numerosas fuerzas del ejército y voluntarios de la Libertad, se presentó en la Plaza, coincidiendo con ello la desaparicion del velo que cubria al ilustre patricio D. Juan Alvarez Mendizabal.

—Señor, yo conozco á ese hombre— me dijo Liberto en cuanto lo vió.

—Ya lo creo, ¿Qué Español no conoce á Mendizabal, al hombre mas grande...

—En cuanto á grande ya lo veo; pero es el caso que yo le tengo un poco de malquerencia.

—¿Pues qué daño te hizo?

—Qué ¿no se acuerda su mercé que ese Señor fué el que nos quitó las campanas del Convento?

—Que fué precisamente una de las cosas mejores que hizo. Déjate de malquerencias, Liberto, y entérate de quienes son las personas que ves delante de

la estatua. Aquel que habla, y lleva la accion con el sombrero, es el Alcalde popular y Presidente de las Córtes, D. Nicolás Maria Rivero. El que está á su derecha es el Señor Serrano, Presidente del Poder ejecutivo. El que está detrás de este es el Ministro de la Guerra D. Juan Prim. Aquel niño de enfrente su hijo... Mas allá, hombre, ¿no lo ves?

—No señor, nostramo: al niño, como es tan pequenito, no le veo: pero le veo los galones de teniente, y la espada de D. Juan de Austria.

—Qué espada, hombre. La espada de D. Juan de Austria está donde debe estar.

—Y aquel otro que habla ahora ¿quién es, Señor?

—D. Pascual Madoz: un compañero y amigo intimo de Mendizabal.

—¿Y aquel niño que tiene á su derecha?

—Un nieta de Mendizabal.

—¿Y para qué se mete toda esa gente ahora en aquella tienda de campaña?

—Porque irán á tomar algun refresco.

—¿Refresco dijites? Vamos nosotros tambien allá, Señor, á ver si pescamos alguna cosa.

—No es necesario que se incomode para eso Fray Liberto—dijo detrás de nosotros la amable esposa del Señor Aguirre.

Liberto se volvió mas colorado que un pabo: yo di las gracias á la Señora, suplicandola no tomase en consideracion las sandeces de mi lego: pero los dueños de la casa nos hicieron *velis no-*

lis pasar al comedor, donde se nos sirvieron con profusion ricos dulces y multitud de deliciosos vinos nacionales y estrañeros.

Liberto perdió bien pronto su natural encogimiento, y, dulce tras dulce, y copa tras copa, embauló á lo lego, sin que bastasen á contenerlo mis disimuladas y repetidas amonestaciones.

—Vaya, Fr. Liberto,—le decia la Señora con la mayor amabilidad;—vaya este dulcecito.

—De esos ya no puedo mas, Señora,—contestaba mi marrullero lego, con la boca llena.—De esos llevo ya doce, y yo nunca paso de la doceena. Ahora estoy con estos almendrados, y ya llevo siete: en llegando á doce, empezaré con los bizeochos, y luego con esas tontas; que á mi siempre me han gustado mucho las tontas.

—Vamos, Liberto,—decia el señor Aguirre.—Vamos, una copita de Burdeos: otra de Jerez: otra de la tierra.

—Venga de ahí, salero,—contestaba Liberto, con los hábitos medio caidos, y cada ojo brillante como un lucero.

—Señor,—me decia á cada momento:—ya estoy en Montilla: ya estoy en Burdeos: ya estoy en Anisete: ya estoy en Champagne.—Y efectivamente: aquello era un beber sin límites; un movimiento continuo.

—Señor, ¿cuando se descubre otra vez la estatua de Mendizábal? Porque no es verdad, nostramo, que deberian descubrirla lo menos una vez á la semana?

Inútiles eran mis esfuerzos por con-

tener la creciente y ya algo borrosa verbosidad de Liberto; hasta que apurada mi paciencia y temeroso de tener que llevarlo á casa entre cuatro, nos despedimos de tan amables señores. Cuando estuvimos en la calle, me decia Liberto:

—Nostramo, ese Señor vale mucho: su Señora mucho mas; pero sus dulces y sus bebidas valen mas que la estatua de Mendizabal.



En Portugal la República va adelantando terreno: aviso á Coburgo Gotha, y cuidado con los quiebrros.

El jueves se celebró en Cordobita la llana de Estremeños y Andaluces la junta republicana.

Quitan la capitacion y ponen la personal: el objeto es sacar cuartos y el resultado es igual.

Montpensier dice que acata la nueva Constitucion.

—Está visto: D. Antonio
no desperdicia ocasión.

Si hoy cantan con entusiasmo
la Marsellesa en París,
quizá mañana le canten
el gori-gori á D. Luis.

Se dice que ha hecho el Gobierno
una gran adquisición:
el elefante Pizarro . . .
se salvó la situación.

El Gobierno dá gran importancia á
que se jure la Constitución. —; Qué ton-
tería! Lo que importa es que haya vo-
luntad para cumplirla.

El General Prim encarga al ejército
que, cuando se altere el orden, reprima
las agresiones con entusiasmo. — Bueno
es el entusiasmo, mi general; pero no
tanto que ensarte á los niños en las
puntas de las bayonetas.

Dicen que se halla oculta en Madrid
Doña Margarita, la muger de Carlos VII.

Mal te quiere, Margarita,
quien te aconseja y te engaña:
pues la corona que buscas
no encontrarás en España.

La reunión republicana que ha te-
nido lugar en Córdoba el jueves 40 del
actual ha tenido un resultado completa-

mente satisfactorio. Los representantes
que usaron de la palabra lo hicieron
con el mayor acierto, distinguiéndose
muy especialmente los señores Carrion
y Garrido. No hubo el menor disgusto.
Vamos adelante que,

poco á poco
hilaba la vieja el copo.



Telégramas.

La policía francesa al Emperador.

Las barbas, señor, nos pelan
estas turbas con enojo.

El Emperador á la policía.

Paciencia: que ya las mias
tengo puestas en remojo.

El Emperador. Pueblo francés, á tu casa.

El Pueblo. Emperador, esto es sordo.

Emperador. Mira que si te acuchillo...

*Pueblo. Emperador, no seas bobo.
lárgate ó de lo contrario
vá á sonar el trueno gordo.*

CÓRDOBA:—1865.

Imprenta del *Diario de Córdoba*,
San Fernando, 34.